

Solemnidad de Todos Los Santos A2020

En cada uno de nosotros hay un profundo deseo de ser felices en la vida y en todo lo que emprendemos. En cada uno de nosotros hay un anhelo de tener éxito y una aspiración de estar sano y cómodo en nuestro cuerpo, nuestro trabajo y nuestras familias. Nadie desea ser infeliz en la vida. Sería tontería que de desearse miseria y mala suerte.

Aunque es cierto que Dios nos ha bendecido de muchas maneras en la vida, sentimos a veces que algo nos falta. Hacemos la experiencia de que todas nuestras aspiraciones nunca se cumplen por completo. Muchas otras personas comparten la misma experiencia paradójica de que a pesar de su anhelo, expectativa y todos los esfuerzos realizados para ser felices, no han obtenido una felicidad duradera.

Muchos se dan cuenta de que a pesar de poseer dinero, automóviles, casas, poder, honor, cosas materiales, no están completamente satisfechos. Se dan cuenta de que el logro de algunas metas de la vida no les ha proporcionado la felicidad que buscaban.

El fracaso en la realización de nuestros proyectos de vida, los problemas en el matrimonio, las dificultades en el trabajo, el colapso en la salud, los obstáculos en nuestras relaciones..., todo esto nos recuerda que mientras vivamos en la tierra nuestra felicidad nunca será completa.

La fiesta de Todos los Santos nos recuerda que todas nuestras aspiraciones encontrarán una final feliz en Dios. Todas nuestras luchas y batallas serán superadas. Todos los obstáculos y fracasos de nuestra vida serán borrados. Dios dará una solución definitiva a todos nuestros problemas; él traerá la salvación a todos los que podrán luchar y permanecer fieles a él hasta el final. Este es el sentido de la primera lectura de hoy.

De hecho, los que se ven recompensados, en esta lectura, no son perezosos que se pasaron la vida huyendo del campo de batalla de esta vida. Al contrario, son los que lucharon y sobrevivieron al momento de la angustia. Lucharon hasta que entregaron su sangre, pero como contuvieron el mal por causa de Jesucristo, el Cordero de Dios ha lavado sus ropas y las ha blanqueado en su sangre. Los a quienes se les promete tal honor de presentarse ante el trono del Cordero y recibir la corona son personas de toda nación, raza, lengua y color.

Por lo tanto, aseguramos que no estamos solos en nuestra procesión hacia el trono del Cordero. No estamos solos en la batalla en la que estamos comprometidos por la causa de Jesucristo y nuestro Dios. Un sinnúmero de personas en todo el mundo están comprometidas con la misma causa que nosotros.

Hoy, con anticipación, se despliega ante nuestros ojos lo que nos convertiremos al final de nuestro peregrinaje en la tierra. Seremos reconocidos como hijos de Dios; veremos a Dios cara a cara. Hoy se revela ante la faz del mundo el destino de todos los discípulos de Jesús. No habrían corrido en vano; pertenecen a Dios y lo verán cara a cara.

Todo el que tenga esta esperanza y anhele verlo debe purificarse a sí mismo, guardándose de todo lo que destruye la vida de Dios en él. Sólo con esta condición será nuestra la felicidad que nos ha preparado desde toda la eternidad. En ese momento, volviéndonos como él, lo veremos tal como es.

La felicidad a la que estamos llamados no es solo algo por venir, es el resultado de un proceso que ya hemos comenzado ahora mismo. Es un viaje que ya hemos comenzado aquí en la tierra por nuestra aceptación de Jesucristo y la obediencia a su palabra.

Cada vez que nos esforzamos por alcanzar la pobreza espiritual, estamos edificando el reino de los cielos donde Dios enriquecerá a todos los que ponen su éxito material y terrenal a los pies

del Cordero de Dios. Pobres de espíritu, tenemos una verdadera necesidad de Dios que pueda darnos lo que falta en nuestras vidas. ¿Cómo podemos sobrevivir sin Jesús y su Padre? Nuestra vulnerabilidad humana nos empuja clamar a Jesús y al Padre y al Espíritu Santo que los necesitamos para sostenernos porque somos pobres.

Cada vez que lloramos por la causa de Dios, por el sufrimiento de nuestros semejantes y el nuestro, e incluso por nuestros pecados y los del mundo que afectan el corazón de nuestro Señor Jesús, estamos seguros de que seremos consolados, porque nuestro Dios es quien enjugará toda lágrima del rostro de sus amados.

Cada vez que trabajamos en nosotros mismos y en nuestro carácter para volvernos mansos, gentiles y bondadosos, estamos preparando nuestra herencia, porque solo los que son humildes estarán cerca de Dios. La humildad es la fragancia que agrada a Dios y el camino que conduce a la gracia de la conversión. Quienes la poseen se convierten en vasos que transmiten la bondad, la misericordia y el poder de Dios, que no se pueden obtener de otra manera.

Cada vez que gastamos nuestras energías en trabajar por la justicia y la paz entre familias, pueblos y naciones, estamos edificando el reino de Dios, porque todo verdadero anhelo por el bien es un regalo de Dios. Por lo tanto, se nos ha encomendado la tarea de luchar contra la injusticia, la opresión y las desigualdades y construir puentes entre los pueblos.

Cada vez que perdonamos las malas acciones que nos han hecho, preparamos la bendición de Dios para nosotros, porque solo los que son misericordiosos recibirán la misericordia de Dios. Al hacerlo, declaramos que lo que hemos recibido como regalo de Dios, lo prolongamos convirtiéndonos en las manos que Dios extiende a los demás.

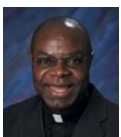
La fiesta de todos los santos es la fiesta de todos aquellos que, cada día y en cada acción, han tratado de vivir el Evangelio amando a Dios y a sus hermanos. La fiesta de todos los santos no es la fiesta de los héroes, sino la fiesta de la gente corriente que ha superado las dificultades de la vida presente por su fidelidad a Dios y a sus hermanos y hermanas.

Los santos nos son dados como modelos para imitar. Son gente común como nosotros, pero han logrado cosas extraordinarias porque fueron obedientes a Dios y atentos a su gracia en ellos. Nos recuerdan que todo sufrimiento que aceptemos en el nombre del Señor será recompensado. Nos recuerdan que solo los que perseveren en su fe a pesar de las dificultades y tiempos difíciles recibirán su recompensa.

Los santos provienen de diversos grupos de personas, entre ellos se encuentran los solteros, los casados, las madres y padres de familia, los niños y las personas consagradas. Interceden por nosotros ante el trono del Cordero de Dios.

Ser santo es nuestra vocación. Celebrar a todos los santos es recordarnos nuestro deber como discípulos de Jesús y nuestra vocación. Aspiremos a ser santos en nuestra vida. Pidamos a Jesús que nos ayude a ser fieles a los votos de nuestro bautismo para que algún día seamos santos. ¡Dios los bendiga a todos!

Apocalipsis 7: 2-4, 9-14; 1 Juan 3: 1-3; Mateo 5: 1-12a



Fecha de la Homilía: el 01 de Noviembre, 2020
© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20201101homilia.pdf